

HUMANISTA

Diplomático y hombre de Estado condecorado con la Gran Cruz de la Orden El Sol del Perú, pero también apasionado de Marcel Proust y de la historia peruana, y cultor de la amistad.



José Antonio García Belaunde

La vida no es solo política

Puede decirse que la historia de los países es también la historia de sus relaciones internacionales. Con ese espíritu, en el marco de la serie Pensar el Perú promovida por la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas - UPC, Mauricio Novoa, decano de Artes Contemporáneas, Ciencias Humanas y Educación, se reunió con José Antonio García Belaunde, diplomático de carrera, funcionario de la Comunidad Andina, canciller de la República y, asimismo, heredero de una larga tradición de funcionarios públicos en el Perú.

Por Mauricio Novoa Foto Paula Virreira



La familia brinda: Ernesto Barrios, Víctor Andrés Belaunde, Margarita García Belaunde, Rafael Belaunde, y Víctor Andrés, Domingo, Meche y José Antonio García Belaunde, en 1964.

¿Cuál es tu primer recuerdo?
Quizá en términos de amor al país, el recuerdo de la presencia de mi tío abuelo Rafael Belaunde Diez Canseco, el padre del presidente Fernando Belaunde, quien casualmente vivía a la espalda de mi casa. Para mí fue un referente, me transmitía su amor por la historia del Perú, sus héroes y me hacía transitar por sus horas de gloria y también las otras, las de desolación.

¿Qué definió tu vocación por la diplomacia?

Creo que la definió algo que puede incomodar a más de uno. En el año 1969, se da un vuelco total en la diplomacia peruana, que hasta entonces había estado marcada por el tema de la definición de su perímetro territorial: entre el nacimiento de la República y el Protocolo de Río de 1942 pasan 120 años. Pero aún así no olvidemos que el conflicto con Ecuador no terminó con ese tratado: hubo secuelas que llegaron hasta la década de 1990.

Te refieres al vuelco que da Carlos García Bedoya en la política exterior peruana...

Exactamente. Carlos García Bedoya elabora en 1968 un pequeño documento, sobre lo que debía ser una nueva política exterior peruana. Allí sostenía que había que liquidar lo que él llamaba las "hipotecas del pasado" y dar un paso hacia adelante y modernizarse, y ese documento se lo entrega al entonces Secretario General de Relaciones Exteriores,

Javier Pérez de Cuéllar. Luego del golpe, los militares preguntan "¿qué planes hay?", porque como tú sabes bien los militares funcionan con planes a corto, mediano plazo... Es entonces que cobra vida el documento de Carlos. Allí estaba, por ejemplo, algo que hoy ya está consagrado y por consiguiente ha perdido cierta vigencia, pero que en su momento fue una innovación: la doctrina de las 200 millas, que hasta entonces había sido política nuestra y de nuestros socios del Pacífico Sur, Chile y Ecuador. El mar se convirtió en uno de los temas emblemáticos de la diplomacia peruana

durante muchos años, porque esa tesis fue la que básicamente consagra la Convención sobre el Derecho del Mar. Me sorprende que por el grito de unos nacionalistas aún el Perú no sea parte de dicha Convención, aunque sí aplica sus criterios.

Ese mismo memorándum de García Bedoya permite un giro en la diplomacia peruana, hasta entonces muy marcada por su alianza con los Estados Unidos, producto de la Guerra Fría. Parte de esa alianza implicaba no tener relaciones con todo ese otro mundo de los países de Europa del Este, y



José Antonio, acompañado de sus hermanos Domingo y Víctor Andrés, y su abuelo Víctor Andrés Belaunde.

MI PADRE SIEMPRE NOS REPETÍA QUE, SI UNO HABÍA NACIDO CON CIERTOS PRIVILEGIOS, EN UN PAÍS CON TANTAS CARENCIAS, DE ALGUNA MANERA TENÍA QUE COMPENSAR, DE DAR A CAMBIO LO QUE HABÍA RECIBIDO. Y FORMAR PARTE DE LA CANCELLERÍA ERA UNA FORMA DE COMPROMISO CON EL PERÚ.

lejanía con mundos que considerábamos remotos y ajenos, como los llamados países del Tercer Mundo. A partir de los años setenta, se abren las primeras embajadas del Perú en los países del este, se hace un acercamiento a Asia y África, y aparece un proceso muy interesante en la diplomacia por esa universalidad.

¿Cómo afrontó el Ministerio de Relaciones Exteriores el gobierno militar?

Como siempre en cosas políticas hay también temas personales que ayudan. Velasco era agregado militar en París cuando García Bedoya era el ministro consejero de la embajada. Entonces había ahí una relación ya establecida. Y esto permitió que García Bedoya y los hombres de su generación, como Carlos Alzamora, Juan José Calle, Felipe Valdivieso o Hubert Wieland, tuvieran impacto e influencia sobre la política exterior peruana en este periodo. Básicamente creo que los militares encontraron un servicio exterior muy asentado, con mucha tradición, con buenas raíces con una generación nueva, capaz de plantear nuevos objetivos y estrategias.

Entonces ¿no hubo una politización del servicio diplomático?

No faltaron en el ministerio los entusiastas revolucionarios, algunos sinceros y de los otros... Pero al final se impuso el profesionalismo, la institucionalidad.

El hecho de que Velasco decidiera hacer una purga en el Poder Judicial en el cual había servido tu padre ¿no generó algún tipo de tensión en casa, con tu idea de ser diplomático en pleno gobierno militar?

Mi padre fue un hombre que hizo toda la carrera judicial: empezó como amanuense y terminó como presidente de la Corte Suprema. Entonces, la idea de que un hijo suyo decidiera hacer una carrera de servicio público en la diplomacia le gustaba. Cuando fue cesado lo conversamos y me insistió que no dejara la carrera, que todo acababa de empezar, que me veía a gusto y con futuro.

Mi padre siempre nos repetía que, si uno había nacido con ciertos privilegios, en un país con tantas carencias, de alguna manera tenía que compensar, de dar a cambio lo que había recibido. Y formar parte de la cancillería era



"Foto con mi padre cuando me gradué como diplomático, en diciembre de 1968. Como mi padre era presidente de la Corte Suprema, Velasco le dio mi título para que me lo entregara", cuenta José Antonio.

una forma de compromiso con el Perú.

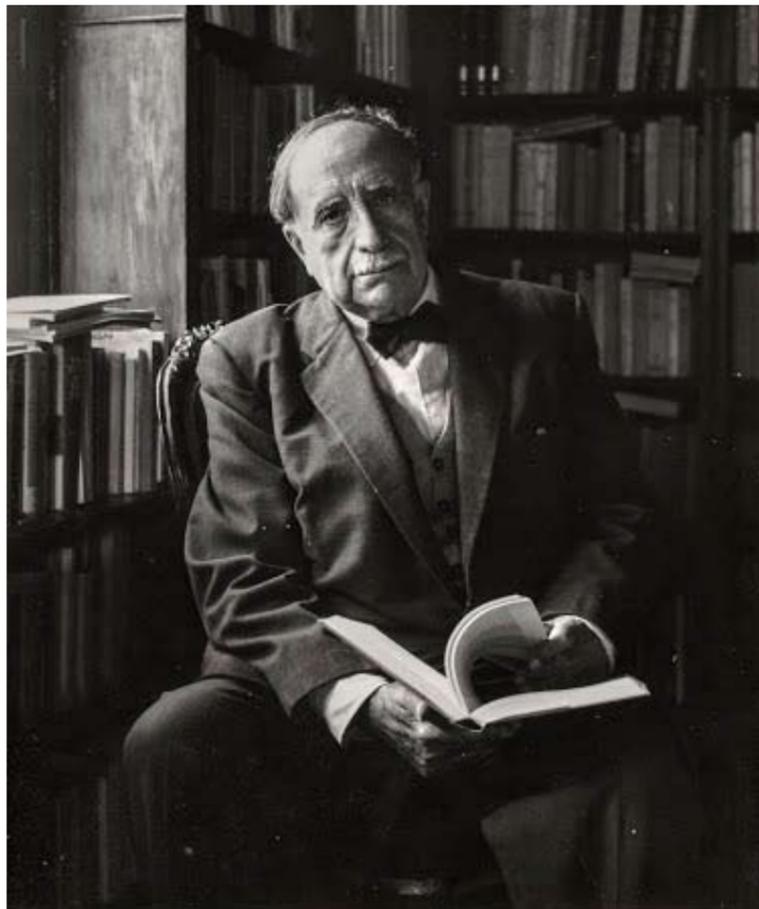
¿Cómo influye en tu vocación diplomática tu abuelo, Víctor Andrés Belaunde?

A mi abuelo no le parecía gran cosa que yo fuera diplomático. Mi abuelo era un hombre a quien le gustaba resumir el pensamiento en frases cortas y felices y, a propósito de la diplomacia, me decía: "Esa es una carrera de hambre y de condecoraciones". En mi caso, tuve que ser ministro para que me llegaran estas. Pero la influencia de mi abuelo no está presente en mi carrera diplomática, porque yo siento que mi abuelo fue un diplomático sui generis; mi abuelo era, antes que todo, un pensador y un maestro que, por añadidura, también era diplomático.



ESTAMPAS HISTÓRICAS

Izquierda: noviembre de 1981, en la presentación del libro póstumo de Carlos García Bedoya. Fueron unos días después de que Javier Pérez de Cuéllar fuera baloteado en el Senado y días antes de ser elegido Secretario General de las Naciones Unidas. Derecha: juramentando como canciller, en 2006.



TRADICIÓN

Izquierda: Víctor Andrés Belaunde. "Su figura representa para mí amor y entrega por el Perú, reflexión sobre los grandes temas del país y del mundo, ingenio cuando no humor". Abajo: tres cancilleres: Carlos García Bedoya, José Antonio y Ricardo Luna.



Entonces, ¿qué representa para ti su figura?

Amor y entrega al Perú, reflexión sobre los grandes temas del país y del mundo, pasión por la lectura, la sensibilidad frente al arte y la música, ingenio cuando no humor. Representa valores más universales, menos acotados a una profesión.

¿La demanda de La Haya se decide porque se llega un momento en donde los dos países no podían avanzar más en la definición de la frontera marítima?

Básicamente porque, por un lado, Chile no estaba dispuesto a sentarse a negociar los límites marítimos, pues consideraba que no había nada que negociar y que el tema estaba cerrado. Me encontré con una pared. Por otro lado, en el Perú esto se convirtió en un problema nacional, alentado por una prédica chauvinista de la oposición, que dificultaba la labor del gobierno.

Entonces le dices al presidente Alan García que la única forma de solucionar es ir a La Haya....

Le dije que la negociación no podía avanzar más y, como no podía seguir pendiente ese tema, debíamos resolverlo. Los temas irresueltos se convierten cada día en aún más complejos y difíciles de manejar.

¿Y su reacción?

El presidente García era un hombre

instintivamente refractario a los procesos judiciales. Él me insistía en "negocia, negocia, que para eso eres diplomático". Pero cuando se da cuenta de que esta negociación no conduce a nada, entonces decide demandar a Chile ante la Corte de La Haya. Era un paso valiente, porque no estaba exento de riesgo. Ahí Alan se mostró estadista, asumió claramente su responsabilidad. Como decía el general De Gaulle, estadista es aquel capaz de asumir riesgos. Y hay que decir algo: al iniciar el proceso, a simple vista, parecía que nosotros solo teníamos debilidades y los chilenos solo tenían fortalezas. Pero solamente en el trabajo de investigación es que descubrimos que el Perú tenía fortalezas que no habíamos visto y también descubrimos debilidades en Chile que nadie había visto, ni siquiera ellos mismos.

¿Dirías que fue un proceso que se manejó con mucha coordinación entre las dos cancillerías?

Nosotros quisimos mantener en todo momento una relación cordial, porque los intereses entre ambos países soy muy importantes. Y le adelanté desde el primer momento al canciller chileno que no usaría los medios para comunicar ninguna decisión, que cualquiera que esta fuera la sabrían por nosotros antes. No sé si debiera hablar de coordinación, pero sí de transparencia en

las comunicaciones. Se habla mucho, en tono festivo o en plan de burla, de la doblez de los diplomáticos, pero la verdad es que el mejor patrimonio que tiene un diplomático es su fiabilidad, su credibilidad.

¿Cuál fue el momento de mayor tensión en el proceso que viviste?

Tuve dos momentos de tensión, uno privado y otro público. El privado fue cuando presentamos la memoria. Allí había una parte histórica y en esta había que decir la verdad: que Chile y Perú no habían sido vecinos durante la República sino hasta después de la guerra, que en la guerra ocuparon territorio, que se quedaron con el territorio, que no cumplieron con los compromisos derivados del tratado de Ancón, que no convocaron a los plebiscitos y que pasaron más de cuarenta años entre el Tratado de Ancón y la firma del Tratado de 1929. Poco tiempo después de esta presentación, en una reunión con la presidenta Bachelet y el ministro Fernández, este le increpó al presidente García por el texto, aduciendo que eran páginas odiosas. Pese a que García dijo no haber leído la Memoria porque quiso que todo el proceso se manejara técnicamente sin que por modo alguno se politizara, el canciller Fernández insistió. Debía yo interrumpirlo para decirle que, al margen de sus calificaciones a nuestro texto, la historia es lo que es y que yo había

revisado la Memoria y había acertado el texto, para que sea estrictamente relevante a nuestro propósito.

El momento de mayor tensión público, y que fue posterior al mencionado, fue el caso del espía que aparece cuando estábamos nosotros en una cumbre de APEC en Asia, que nos obligó a concluir precipitadamente nuestra participación.

¿Podría decirse que el Estado peruano tuvo alguna responsabilidad en ese periodo (1883-1929) en el que no pudimos cerrar el acuerdo con Chile?

Yo creo que hemos sido muy injustos con los gobiernos en este periodo porque, luego de la guerra y la devastación que esta implicó, la diplomacia peruana se dedicó a cerrar acuerdos de límites. Todos nuestros acuerdos de límites son posteriores a la Guerra del Pacífico. Y, además, se hace una campaña permanente para convencer

a Chile de cumplir con realizar el plebiscito sobre Tacna y Arica, acordado en el Tratado de Ancón. Creo que el gran esfuerzo por cerrar todas las fronteras era para tener un panorama limítrofe despejado y concentrarse en resolver la cuestión con Chile, como se decía entonces.

Bajo esa perspectiva, la diplomacia peruana, en la forma que la entendemos hoy, se forma después de la guerra con Chile...

Podría decirse que sí. Digamos que en la diplomacia peruana venía de antiguo la idea de que había que ser profesionales. Los primeros requisitos para ser diplomático son de la época de Castilla. Sin embargo, creo que el gran momento de la diplomacia peruana es después de la guerra con Chile, cuando se concentra en cómo recuperar Tacna y Arica y liquidar el tema pendiente de la definición del perímetro territorial.

Y, además, es un proceso que une políticamente al Perú...

Sí. Y en ese proceso hay que subrayar la presencia de figuras que se hacen diplomáticos, pero que vienen de otros lados: Víctor Andrés Belaunde, Alberto Ulloa y Raúl Porras Barrenechea, por ejemplo, que vienen de la universidad. Empiezan a surgir estas figuras intelectuales muy potentes que se hacen cargo de la defensa de los intereses del Perú. Además, por propia experiencia, creo que el pueblo peruano puede distinguir cuando los temas diplomáticos se manejan desde una perspectiva profesional y no política, utilizando criterios técnicos, y cuando se hacen para buscar el aplauso. La gente distingue quién está buscando el aplauso y quién no.

¿Sin estos intelectuales no tendríamos el servicio diplomático que tenemos hoy?

POR PROPIA EXPERIENCIA, CREO QUE EL PUEBLO PERUANO PUEDE DISTINGUIR CUANDO **LOS TEMAS DIPLOMÁTICOS SE MANEJAN DESDE UNA PERSPECTIVA PROFESIONAL Y NO POLÍTICA**, UTILIZANDO CRITERIOS TÉCNICOS, Y CUANDO SE HACEN PARA BUSCAR EL APLAUSO. LA GENTE DISTINGUE QUIÉN ESTÁ BUSCANDO EL APLAUSO Y QUIÉN NO.



RECUERDOS

"A mi abuelo no le parecía gran cosa que yo fuera diplomático. Mi abuelo era un hombre a quien le gustaba resumir el pensamiento en frases cortas y felices y, a propósito de la diplomacia, me decía: 'Esa es una carrera de hambre y de condecoraciones'".



QUEDA CLARO QUE EL TIEMPO NO SE RECUPERA, SINO MÁS BIEN PERMITE CONOCER LA VERDAD, LA REVELA O, SI SE QUIERE, LA DEVELA. DETRÁS DEL TIEMPO ESTÁ LA VERDAD.

Ellos y algunos otros, como Víctor Maúrtua, porque a su vez formaron gente y se pueden establecer “genealogías” de funcionarios. Belaunde influyó en diplomáticos como Alberto Wagner de Reyna y José Pareja. Porras en García Bedoya o Juan José Calle, por mencionar pocos nombres.

Eres un gran admirador de Proust. ¿Qué ha significado su obra para ti?

“En busca del tiempo perdido” es la gran novela del tiempo, y esto suscita dos reflexiones: el significado de la memoria y la capacidad que tiene Proust de lograr que los personajes tengan vida, alma propia. No es el escritor que nos habla a través de un personaje, es el personaje mismo, a quien terminamos conociendo mejor que a muchas personas de nuestro entorno. En la novela queda claro que el tiempo no se recupera, sino más bien permite conocer la verdad, la revela o, si se quiere, la devela. Detrás del tiempo está la verdad.

Tienes una virtud muchas veces escasa entre los políticos, que es conservar amistades. ¿Qué significa la amistad para ti?

Fui educado en un hogar muy tolerante. Mis padres fueron muy católicos, de misa

diaria, aunque no de procesiones, devociones ni novenas... pero siempre se mantuvieron un gran respeto por la intimidad de los espacios personales y por las creencias ajenas, tanto religiosas —y yo fui agnóstico desde adolescente— como políticas. Creo que yo aprendí de ellos que las amistades tienen sus propios valores al margen de la política. Y si mis amistades pensaban políticamente distinto que yo, pues siempre había otras cosas. La vida no es solo política. Felizmente hay arte, literatura, cine, paisajes... Hay muchos otros espacios y relatos para entusiasmarlos y apasionarnos antes que la política.

Para concluir, ¿quiénes son los peruanos imprescindibles del siglo XX?

Si llamamos imprescindibles a que no podríamos entender el Perú sin ellos, es fácil nombrar sin otorgar un juicio de valor. Diría que son muchos, y que hay nombres que no me son simpáticos para nada. En orden cronológico serían Augusto B. Leguía (moderniza el Perú y lo trae al siglo XX), Víctor Raúl Haya de la Torre (pensador político y trae a las masas organizadas a la política), Fernando Belaunde (rescata la alternativa democrática), Juan Velasco Alvarado (recoge una angustia

DIPLOMACIA MODERNA

“Víctor Andrés Belaunde, Alberto Ulloa y Raúl Porras Barrenechea (en la foto), que vienen de la universidad, surgen como figuras intelectuales muy potentes”, indica José Antonio.

frente a la pobreza y la marginación sobre todo en el mundo rural), Alan García (lleva al poder dos veces al viejo partido y él mismo se reinventa. Un clavo ardiente en la política peruana) y Alberto Fujimori (representa el fin del pensamiento cepaliano y el comienzo de la economía liberal). Estamos hablando del Perú político.

En el plano del pensamiento, el Perú no se puede entender, por ejemplo, sin José Carlos Mariátegui, Víctor Andrés Belaunde y luego Basadre; sin las figuras del indigenismo, como las pinturas de Sabogal o los escritos de Luis E. Valcárcel. En la literatura, el Perú no se puede entender sin la narrativa de Arguedas, Vargas Llosa o Julio Ramón Ribeyro; y la poesía de Vallejo, Adán o Westphalen. En la plástica están Szyszlo, Tilsa y Urteaga. Me temo que me quedo corto en esta lista. Hay mucha gente, mucha.

LOS POLÍTICOS QUE DEFINIERON EL SIGLO XX

“Son muchos, y hay nombres que no me son simpáticos para nada. En orden cronológico serían **Augusto B. Leguía** (moderniza el Perú y lo trae al siglo XX), **Víctor Raúl**



Haya de la Torre

(pensador político y trae a las masas organizadas a la política), **Fernando Belaunde** (rescata la alternativa democrática),



Juan Velasco Alvarado

(recoge una angustia frente a la pobreza y la marginación sobre todo en el mundo rural),



Alan García (lleva

al poder dos veces al viejo partido y él mismo se reinventa. Un clavo ardiente en la política peruana) y **Alberto**



Fujimori (representa el fin del pensamiento cepaliano y el comienzo de la economía liberal)”, (José Antonio García Belaunde).

